



Nº 19, 1990

GUAYASAMÍN O LA DESMESURA

Jorge Enrique Adoum

Tiene una mentalidad en ángulo recto y sería inútil pedirle “nuances”: pese a ser pintor, no conoce los matices. De ahí que haya que aceptarlo o rechazarlo en bloque. Aceptar, por ejemplo, que su definición es la desmesura. Desmesura en sus declaraciones: dice haber pintado más de 5.000 cuadros, lo que –si suponemos que ha trabajado durante 52 años, desde cuando tenía 18 en la Escuela de Bellas Artes- da un promedio de unos diez cuadros por mes, sin contar sus murales, grabados, dibujos, esculturas y descontando sus frecuentes viajes. Y las críticas –generalmente imbéciles de ecuatorianos que le reprochan haber representado a la CIA con un casco nazi en un mural instalado en el Congreso Nacional- responde que lo mismo sucedió con Miguel Ángel en la Capilla Sixtina y con Picasso y su Guernica. Desmesura en su odio, particularmente a otros pintores y que, aunque tenaz, es inofensivo. Pero ¡atención!, ese sentimiento –bien correspondido, por cierto- se basa en una concepción estética sin concesiones y no en motivos personales.

Desmesurado en su generosidad: la Fundación Guayasamín, que él preside, es la institución cultural más importante del país: en ella se celebran, gratuitamente, para un público convocado con una invitación de lujo, conciertos, exposiciones, conferencias y recitales, de artistas nacionales y extranjeros, seguidos de un cóctel. Es en su casa donde uno puede entrevistarse con personalidades tales como los guerrilleros de El Salvador, el Presidente Mitterrand y su señora, Fidel Castro, Daniel Ortega, el Ministro de Cultura de Francia, en recepciones organizadas por Guayasamín. Para su fiesta de cumpleaños la invitación, a unas 200 personas, suele consistir en una litografía, una serigrafía, o una “tarjeta” de cerámica, y, en 1989, para sus 70 años, una pequeña escultura de bronce. Y a muchos, en el mundo entero, nos ha obsequiado nuestro retrato pintado por él.

Guayasamín le ha cobrado a la vida lo que ésta le hizo en su infancia. Dormía bajo unas escaleras de madera, en un hueco que se inundaba con las lluvias (hoy tiene una hermosa casa, tan desmesuradamente grande, que se diría concebida no para él sino para los demás). Y cuando niño aprendió a contar así: una mañana su madre, sacando papas de un canasto las iba poniendo a un lado, enseñándole, a medida que la colocaba en la mesa de la cocina: “Una... dos... tres. Tres papas, ¿ves?”. Esa tarde oyó a lo lejos ese bramido de buey humano herido (que él y yo iríamos a oír tantas veces en nuestra vida): el de una manifestación popular. Quiso ir a ver y oyó de pronto otro ruido (que iríamos a oír muchas veces en nuestra vida): el de los disparos. Cuando llegó, lo que vio se parecía a una de esas postales que uno conoce mucho más tarde, con títulos como “Paisaje después de una batalla”. Y esa misma tarde aplicó por primera vez la tabla de sumar que había aprendido en la mañana: uno... dos... tres. Uno... dos... tres... cadáveres. Pero aprendió también a contar



hasta cuatro: al volver espantado de esa aritmética sangrienta a su casa, encontró muerto, en la acera, al único amigo que tenía, el hijo del zapatero, que había salido a la puerta, también de puro curioso. Al día siguiente apareció su foto en el periódico, junto a la del “paisaje”. “Una bala perdida”, decía el diario. “Guayasamín pintó ese recuerdo en un cuadro temprano titulado “Los niños muertos”. Y comprendió, desde entonces, que esa no fue una bala perdida, sino una bala equivocada. Y que todas las balas contra los obreros, campesinos, estudiantes –varias veces tres más uno- son balas que se equivocaron de destinatario. Ahora está junto a quienes han dedicado su vida a evitar esos disparos. O, cuando sea necesario, a cambiar su trayectoria.

¿desmesuradamente triste? No tiene sentido del humor: nunca le he oído hacer bromas ni contar chistes –nosotros tan dados a compensar con ellos las perradas del destino- y, cuando oye alguno, parece reflexionar antes de reír. Alguien encontró que Guayasamín tenía “los ojos más tristes de la tierra”. Y con esos ojos ve el mundo triste aquí o en la India. Yo le oí frecuentemente, hace años, cantar con una voz desgarradora y abrazado a una guitarra desgarrada, como un indio en una cantina un domingo de tarde y con lluvia:

*“Dos camisas no más
tengo,
dos camisas que mudar:
una que tú me la diste
y otra que Dios me ha de
dar*

O bien, casi llorando:

*“Cuando me vaya de aquí
tres cruces he de poner:
la una de despedida,
las dos para no volver”.*

Desde entonces, Dios le ha dado muchísimas más camisas, pero para ello le ha obligado no sólo a tener talento sino también a trabajar de diez a doce horas cada día durante 50 años para demostrarlo. Se ha ido muchas veces pero siempre ha vuelto. Porque no puede –dice- pintar fuera de Quito. Vivió en Estados Unidos y jamás aprendió una palabra de inglés. Ha estado numerosas ocasiones en Francia y yo le he visto en los restaurantes de París pedir en castellano, con una enternecedora humildad de indígena, “un poquito de arrozito”.

Acaba de descubrir, creo que en una sepultura, que su abuelo firmaba Guayasamín, y quisiera comenzar a firmar así, con H. Cabe preguntarse cuáles serían, y cuándo comenzarían, si lo hace, las consecuencias de ese cambio en el mercado internacional de su pintura. Pero tengo la impresión de que, más que eso, le interesa esa nueva afirmación del orgullo de su nombre –¿será



verdad que significa “ave blanca que vuela”?- con que desbarató hace tiempo la “acusación” de indio que le hacían cuando comenzó a ser el que es ahora.